

CONTRIBUCIONES

LA OBRA CIENTIFICA DE EMILIO ESTRADA YCAZA UNA VISION PANORAMICA

Por JORGE SALVADOR LARA

Traza una detallada descripción de los trabajos del arqueólogo ecuatoriano, Emilio Estrada, vinculándola estrechamente a la investigación arqueológica y prehistórica realizada hasta ahora en el Ecuador.

Considero a Estrada, con Jijón y Caamaño, una de las más altas figuras de la arqueología ecuatoriana. En adelante, cuando se estudie la prehistoria ecuatoriana, habrá que referirse a él junto con el P. Velasco, Monseñor González Suárez y Jijón y Caamaño.

Si abordamos la obra múltiple de Emilio Estrada Ycaza en el campo de la ciencia arqueológica, no podremos por menos que reconocer su importancia trascendental. Nadie que estudie nuestra prehistoria podrá olvidarle. Y sus conclusiones, rigurosamente científicas, forman ya parte del acervo histórico nacional.

LABOR CIENTÍFICA DE ESTRADA

En doce diferentes acápite podríamos clasificar la obra científica de Estrada Ycaza, llevada a cabo en un decenio. Ignoramos la génesis de su afición arqueológica: quizás correspondería a sus familiares y amigos darnos a conocer detalles de la manera como nació y se desarrolló esta vocación científica, que convirtió a un hombre de negocios en el primer arqueólogo del Ecuador contemporáneo. Lo único que me corresponde decir es que cuando Estrada murió, joven aún, era un investigador maduro, serio, minucioso. Cada uno de sus esfuerzos en este campo le permitía superarse más. Día a día fue perfeccionando sus métodos, depurando sus conclusiones, precisando sus conceptos.

Debo destacar, en primer lugar, el trabajo arqueológico de campo. Estrada recorrió, a lo ancho y a lo largo, las provincias del Guayas, Los Ríos y Manabí, realizando excavaciones y amplió su órbita de acción hasta Esmeraldas y El Oro. Es decir a toda la Costa ecuatoriana, que si bien había sido explorada antes por notables científicos como Dorsey, Saville, Bushnell, Von Buchwald y Jijón no lo había sido en forma sistemática. Estrada realizó centenares de excavaciones en las provincias indicadas. Enumerar exhaustivamente los sitios arqueológicos por él examinados sería cansar al lector. Y hacer una enumeración parcial sería talvez anticientífico. Prefiero, pues, decir que cada excavación fue realizada en forma precisa, de acuerdo a las últimas técnicas para trabajos de campo, con estratigrafía precisa y recolección ordenada. Estrada no escatimó tiempo a sus investigaciones: no quiso hacer todo de golpe, apresuradamente, sacrificando la ciencia al tiempo. Entresacaba de sus ocupaciones diarias los días que le permitieran realizar una obra prolija, escrupulosa. Sus excursiones arqueológicas eran minuciosamente planeadas con anticipación, de acuerdo a un calendario. Poco antes

de su muerte habíamos iniciado una correspondencia que yo esperaba sea de gran utilidad para mi obra histórica, y en una carta me permitía sugerirle efectuar una visita a determinada zona arqueológica muy nombrada pero que no ha sido objeto de excavaciones: lamentablemente no pudo acceder a mi pedido. "Ya ocupé mi cuota de viajes este año", me dijo, permitiéndome descubrir cómo organizaba él su trabajo, arrancando períodos de tiempo a sus ocupaciones habituales, con anticipación suficiente. No improvisaba. No eran sus viajes, por lo tanto, resultado de novelería o de entusiasmo del momento: a menos que se tratase de descubrimientos casuales hechos por otras personas, que requerían su urgente presencia antes de que los posibles restos fuesen destruidos por huaqueos o empíricos.

Las piezas por él recogidas, debidamente numeradas y primariamente clasificadas de acuerdo al sitio, al corte y el nivel estratigráfico, eran entonces sujetas a una segunda fase de trabajo en su laboratorio: el análisis. Las piezas eran fotografiadas, medidas, restauradas si habían sufrido deterioro por efecto de la excavación, comparadas con otras, vueltas a clasificar provisionalmente de acuerdo con la cultura a que parecían pertenecer, y cuidadosamente guardadas en la colección que cada día fue creciendo y que originó una tercera faceta en la labor de Estrada: la formación del Museo "Víctor Emilio Estrada", uno de los más ricos entre los sucesos arqueológicos del Ecuador, con el cual honró la memoria de su padre. Millares de piezas cerámicas, metálicas, pétreas y aún óseas constituyen el patrimonio de esta importantísima colección. Sería lamentable que el acervo del Museo "Víctor Emilio Estrada" se dispersara o saliera del país, pues indudablemente poderosas entidades científicas extranjeras deben estar interesadas en la misma.

Importante tarea en el trabajo científico de Emilio Estrada Ycaza constituyó la dotación mediante los modernos métodos cronológicos. No pocas piezas, que habían

sido adecuadamente recogidas, fueron enviadas por él a los laboratorios de los Estados Unidos para que sean examinadas y datadas. "Adelantándome a mi publicación sobre Manabí —me decía en su última carta— le envío... un cuadro cronológico basado en fechas obtenidas por obsidiana y carbono 14, que le puede dar a usted una idea última de... la extensión de cada cultura". Esta carta es del 7 de octubre de 1961, un mes antes de su muerte. No sé si la obra sobre Manabí ha aparecido ya, en todo caso hay que esperarla, pues sin duda su familia procurará terminar su publicación. Hay una especie de sino fatal en lo que a las obras de síntesis sobre la arqueología de Manabí se refiere: Jijón murió mientras redactaba la suya, y yo he podido ver en su laboratorio centenares de fichas arqueológicas sobre las piezas manabitas, un trabajo que quedó inconcluso y que aún así, de publicarse, sería un aporte valioso. Estrada, también, murió cuando su obra sobre Manabí estaba por darse a la prensa, o quizás ya en proceso de impresión. Responsabilidad y deber de sus deudos y amigos es vigilar para que esta obra entre en circulación. En todo caso, el cuadro cronológico que el señor Estrada se dignó enviarme y que se refiere a culturas de los períodos formativos, de desarrollo regional y de integración de nuestras culturas aborígenes, se basa en pruebas de datación obtenidas mediante el método del Carbono 14 y el de análisis de la obsidiana. Hay por lo menos medio centenar de pruebas, de las cuales siquiera 15 son fechadas por el Carbono 14.

Por otra parte Estrada acometió la quinta fase de su trabajo, la de acopio de bibliografía sobre la prehistoria ecuatoriana, pero también sobre prehistoria americana en general, y la de Asia oriental y Polinesia. Sólo así pudo completar el trabajo de análisis de las piezas encontradas. Satisface, en efecto, revisar en sus publicaciones la amplia bibliografía por él consultada, cuya enumeración sería larga. Mencionaré, sin embargo, que aparecen, entre

los nacionales, Velasco, González Suárez, Jijón y Caamaño, Huerta Rendón y Zevallos Menéndez; entre los extranjeros que se han ocupado del Ecuador Dorsey, Saville, Rivet y Verneau, Max Uhle, Von Buchwald, Bushnell, Collier y Murray, Stirling, Ferdon, etc.; y las principales figuras de la ciencia americanista, tales como Imbelloni, Pérez de Barradas, Larco Hoyle, Ekholm, Druker, Willey, Reichel-Dolmatoff, Lothrop, etc. Estrada no cayó en la anti-científica parcialidad de algunos arqueólogos, confiados únicamente en el aspecto objetivo de sus hallazgos, sino que buscó también las fuentes de la tradición y por ello recurrió, sin vacilar, para comparar con los de ellos sus propias conclusiones, a los Cronistas de Indias. Estete, Cabello y Balboa, Lizárraga, Vásquez de Espinosa, etc., fueron consultados por él. Merece destacarse que Estrada miró siempre con profundo respeto el aporte del P. Juan de Velasco, muchas de cuyas conclusiones han sido confirmadas por la moderna arqueología.

El sexto capítulo en la obra científica de Emilio Estrada, el más importante puesto que es el resultado de todos los anteriores, y que origina los posteriores, es el de publicación de sus monografías, mediante las cuales dio a conocer sus investigaciones, sus análisis y conclusiones. En mi primera carta me permití pedirle la lista completa de su bibliografía, que asciende a 17 trabajos, de los cuales los últimos se hallaban en proceso de impresión al tiempo de su muerte. Su primera publicación corresponde al año 1954: es el "Ensayo Preliminar sobre Arqueología del Milagro". La última en llegar a nuestras manos apareció este año, en la revista "Humanitas" del Museo Etnográfico de la Universidad Central de Quito, se intitula "Correlaciones entre la arqueología de la costa del Ecuador y Perú". Entre ambas, se hallan las seis publicaciones del Museo "Victor Emilio Estrada": "Valdivia: un sitio arqueológico formativo en la costa de la provincia del Guayas", N° 1; "Últimas civilizaciones prehistóricas de la cuenca del río

Guayas", N° 2; "Los Huancavilcas: últimas civilizaciones prehistóricas de la Costa del Guayas", N° 3; "Prehistoria de Manabí", N° 4; "Las culturas pre-clásicas, formativas o arcaicas del Ecuador", N° 5; y "Cultura Valdivia" (en colaboración con Clifford Evans y Betty Meggers), N° 6. Hay que añadir el volumen sobre "Arte aborigen del Ecuador, sellos o pintaderas", que es una separata de "Humanitas", Año 1, N° 2, y sus importantísimas colaboraciones a revistas extranjeras: "Balsa and dugout navigation in Ecuador", publicada en "The American Neptune"; "Preliminary Report on a Possible Transpacific Contact in the Coast of Ecuador", aparecida en "Science" número de octubre de 1961, y "A Complex of traits of probable transpacific origin on the Coast of Ecuador" también en octubre de 1961, editada por "American Anthropologist". Estas dos son las últimas monografías que vio publicadas el malgrado científico, además de su trabajo de síntesis para el tomo IV de la "Enciclopedia Universitaria Arte", publicado bajo el título "Ecuador" por el "Istituto per la Collaborazione Culturale", además de "Nuevos Elementos en la Cultura Valdivia", editado en el Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana por el Sub-comité ecuatoriano de Antropología, dependiente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Cuatro de sus trabajos, a lo que creo, no alcanzó a ver publicados el señor Estrada: uno de ellos es el de las correlaciones ecuatoriano-peruanas, publicado en "Humanitas", al que ya me referí; los otros tres, que ignoro si han visto la luz, pero que en todo caso estaban escritos, puesto que él los incorporó a su bibliografía, son los siguientes: "Excavaciones en Manabí Central", que debía ser el N° 7 de las ediciones de su Museo; "La Cultura Jambelí, en colaboración con Evans y Meggers, que debía ser el N° 8; y "Valdivia, excavaciones adicionales de 1960-1961", que debía ser el N° 9.— "En unas pocas semanas más podré enviarle los estudios que están en prensa y que saldrán en el orden indicado", me decía

en septiembre del año pasado; y en octubre, un mes antes de su muerte, en su segunda carta, me hacía llegar pruebas de algunos mapas y cuadros de su nueva obra sobre Manbí, y algunas fotografías.

A esta enumeración de sus obras habría que agregar sus artículos para otros periódicos y revistas. "Varios artículos periodísticos he publicado, pero los trabajos de la lista adjunta cubren bastante mejor toda mi experiencia", me decía al enviarme sus fichas bibliográficas. De esos artículos sólo conozco el publicado en la revista "Vistazo" de Guayaquil —julio de 1960— acerca de las posibles vinculaciones directas transpacíficas entre Asia y Ecuador y "Possible Transpacific Contact on the Coast of Ecuador", en Science, Vol. 135, N° 3501, págs. 371-372, 1962. Considero indispensable, para completar este cuadro, que los amigos y colaboradores del malogrado científico formulen la lista de aquellos artículos periodísticos. Aunque él los creía superados con sus trabajos de fondo, posiblemente valdría la pena recopilarlos y darlos nuevamente a la publicidad en un volumen, que sería el 18º aporte.

El 19º, que el propio Emilio Estrada olvidó en la lista que se dignó enviarme, es el breve ensayo monográfico aparecido en el libro del P. Pedro I. Porras sobre la arqueología de la región del Napo y de Misaguallí. El título de este trabajo es: "Cerámica de diferentes sitios del valle de Quijos, provenientes de las excavaciones realizadas por el P. Porras, analizada y documentada por Emilio Estrada". Para completar su obra científica escrita me permito sugerir que se recopilen sus cartas con arqueólogos, historiadores y corresponsales científicos suyos nacionales y extranjeros, pues en ellas debe existir mucho material valioso sobre sus conclusiones, sus métodos de trabajo, hipótesis aún en elaboración, etc.

Todas las publicaciones de Estrada se caracterizaron por la esplendidez de ilustraciones. Los volúmenes de su Museo son magníficos, todos con portadas a color, papel

couché, mapas, cuadros culturales y cronológicos, dibujos, fotografías, etc. Todos los costeó con liberalidad. Quienes sabemos lo que significa editar un libro podremos apreciar mejor el esfuerzo que debió entrañar la publicación de esos volúmenes que integran la colección bibliográfica del Museo "Victor Emilio Estrada".

Séptima fase en su obra científica es la divulgación de sus monografías en Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa. Con enorme generosidad distribuyó sus publicaciones en Universidades, Centros de Estudios, Instituciones especializadas, arqueólogos, historiadores y corresponsales. Su autoridad bien pronto fue reconocida, y ella le permitió ser con frecuencia invitado a congresos internacionales, simposiums y discusiones altamente científicas en varias partes de nuestro continente. La concurrencia a reuniones internacionales sería la octava fase en el trabajo de Estrada.

La novena es su colaboración con publicaciones científicas especializadas; ya hemos mencionado a "Humanitas", el boletín que dirige el Prof. Santiana; y hemos citado también a "Science", "The American Neptune" y "American Anthropologist" en Estados Unidos; y al "Istituto per la Collaborazione Culturale", en Roma.

Décimo acápite en la labor de Estrada es su colaboración con científicos extranjeros, en especial con Clifford Evans y Betty Meggers de la División de Arqueología del Instituto Smithsonian. Con ellos selló Estrada una amistad estrecha tanto en lo personal como en lo científico, y los tres son coautores de dos de las publicaciones, como quedó indicado más arriba. En tales estudios Estrada tuvo, además, la colaboración de eminentes personalidades del mundo científico, tales como George Metcalf, los Drs. Harold A. Rehder, Henry Setzer, Marshall Newman, E. P. Henderson, Leonardo P. Schultz y William Taylor, del Museo Nacional de Arqueología de los Estados Unidos; el Dr.

Meyer Rubin, del Servicio Geológico de Norteamérica; Gordon Willey, del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, etc.

En el Ecuador Estrada colaboró con varios de nuestros científicos, tales como Francisco Huerta Rendón y Carlos Zevallos Menéndez, el matrimonio Antonio Santiana y María Angélica Carlucci, los dos primeros en Guayaquil, el tercero en Quito. Este sería el undécimo estadio en la labor de Estrada. Pero lo interesante es que constituyó un verdadero equipo científico que trabajaba con él estrechamente: mencionemos, por ejemplo, a los señores Julio Viteri, Walter Molina, Jorge Chávez, Jorge Sweet, etc. Ojalá ellos continúen la labor científica de Estrada. Y apoyó también el trabajo de otros investigadores serios, como el P. Porras, ya citado, la edición de cuyo libro apoyó con munificencia.

Para terminar, he de referirme a lo que considero el último de los doce aspectos en el trabajo científico del ilustrado desaparecido: la labor de síntesis. Peligroso es al sabio especializado, llevado del afán investigador, ir profundizando determinados aspectos de detalle con perjuicio de la visión de conjunto. La atomización analítica hace perder de vista el cuadro general. Y es raro hallar en una misma persona, unimismados, los métodos analítico y sintético. Estrada fue de éstos.

Poco antes de morir, en efecto, había logrado satisfacer el pedido de la Enciclopedia del Arte, con sede en Roma, de preparar una monografía sintética. Estrada la llevó a cabo y gracias a ello podemos gozar hoy de una visión panorámica de todas sus investigaciones, que incorporó al estudio que hizo sobre todo nuestro país. Lo interesante es que para esta monografía su autor tuvo en cuenta, además, algunos de los aportes anteriores, de manera que podemos afirmar que es, hasta el momento uno de los mejores sobre las áreas culturales de la época precolombina en el Ecuador.

LOS APORTES DE ESTRADA A LA PREHISTORIA ECUATORIANA.

Una vez que he descrito con relativo detalle lo que podríamos llamar la obra externa del trabajo científico de Emilio Estrada, dedicaré algunos párrafos al fondo mismo del trabajo. A los aportes que hizo al panorama prehistórico del Ecuador. Tarea, en realidad, que excede a esta breve monografía, y que más bien corresponde a una exposición de mayor envergadura. Pero por lo mismo que he podido revisar casi todos los trabajos de Estrada publicados hasta el momento, me atreveré a efectuar una revisión sintética de sus descubrimientos.

El principal es, desde luego, la determinación del Período Formativo en el Ecuador con sus diversos estadios. Las investigaciones de Estrada hicieron retroceder así las culturas ecuatorianas Precolombinas hasta 2.500 años antes de Cristo. Estrada por un lado, y los estudios sobre el Período Paleolítico, por otro, han revolucionado la prehistoria ecuatoriana.

En segundo lugar, dentro del Formativo, Estrada determinó con precisión los subperíodos, las culturas por él bien estudiadas de Valdivia, Machalilla y Chorrera.

Tercer punto entre sus aportes es el que se refiere al estudio de las culturas de transición entre el Formativo y el Período de Desarrollo Regional, es decir las culturas de Monjas-huaico-Protonarrio y Bahía I, en parte estudiadas anteriormente, aunque mal ubicadas. Y la determinación de los parentescos de las culturas formativas con las de desarrollo regional.

Cuarto punto, la precisión en el estudio de las culturas costeñas del período de desarrollo regional, en especial las que él llama Cultura Jama-Coaque, Bahía II, Jambelí y Cultura de Tejar y Río Daule, sin olvidar otras que habían sido estudiadas ya, tales como la de Guangala, en la

Costa, las llamadas por Jijón Panzaleo I y Tuncahuán, así como la de Narrío, estas tres últimas en la Sierra.

En quinto lugar, la precisión de las culturas del Período de Integración, nombre dado por el mismo Estrada, y que es el inmediatamente anterior al de la configuración de las altas culturas ecuatorianas protohistóricas, es decir de aquellas que hacen la vigorosa resistencia a la expansión conquistadora de los Incas. Estrada estudia bien y en forma definitiva las culturas costeñas de este período, a las que llama Jama-Coaque II; Milagro-Quevedo, y Manteco; y hace aportes de revisión a las culturas estudiadas por Jijón y otros en la Sierra, o sea a las culturas Panzaleo II y III, San Sebastián, Elen-Pata y Huavalac, Cashaloma y Paltas.

A más de esta determinación de tres grandes períodos de nuestra Prehistoria, que con el Paleolítico inicial, y el de influencia incaica último suman las cinco grandes etapas en que puede por ahora dividirse la prehistoria ecuatoriana, Estrada hizo otros aportes importantes y de mayor especialización, como son los siguientes:

a) Pudo comparar las culturas formativas ecuatorianas con otras culturas formativas extracontinentales, sobre todo del Oriente asiático y lanzar dos importantes hipótesis: la de las vinculaciones directas transpacíficas del Japón al Ecuador, hace aproximadamente 5.000 años, y la de iguales vinculaciones entre la costa oriental del Asia y el Ecuador, hace 2.000 años. Ambas hipótesis siguen siendo objeto de estudio por los especialistas, tanto en el Japón como en los Estados Unidos, donde Evans y Meggers continúan sus investigaciones en el Instituto Smithsonian. Estas posibles migraciones que habrían desarrollado nuestro Formativo, si son comprobadas, revolucionarían los conocimientos sobre prehistoria americana;

b) Pudo también comparar nuestras culturas formativas con otras formativas americanas, determinar una corriente migratoria proveniente de Mesoamérica y confir-

mar las tesis expuestas por otros especialistas acerca de una migración originaria del Ecuador hacia la planicie amazónica, que habría llegado inclusive a la desembocadura del Amazonas;

c) Pudo, en fin, dentro de este mismo campo trascendental de las migraciones primitivas, determinar las correlaciones existentes entre las culturas arqueológicas del Ecuador y del Perú, que dan al Ecuador un papel importante en el desarrollo cultural de América, tal como lo había ya intuído Paul Rivet;

d) ¡Precisó que la Cultura Valdivia, como lo ha aceptado Gordon Willey, es hasta hoy la primera cultura con cerámica en la América del Sur dato elaborado mediante el C 14;

e) Sugirió que la cultura Chorrera, correspondiente al Formativo Tardío, sería la verdadera base cultural en el Ecuador, con caracteres ya autóctonos, resultado del proceso de desarrollo en nuestro medio;

f) Hizo una investigación monográfica sobre la navegación prehistórica entre nuestros aborígenes, que permite aseverar ahora que fueron ellos, entre los indígenas de la costa sudpacífica, los más avanzados en el arte de la navegación, lo que explica suficientemente la travesía manteña a Guaguachumpi y Nina-chumpi, recogida por los Cronistas de Indias de la tradición incaica;

g) Realizó, asimismo, una investigación monográfica exhaustiva sobre los sellos o pintaderas, de la cual se deduce la alta sensibilidad artística de nuestros aborígenes;

h) Confirmó algunas hipótesis del Padre Juan de Velasco, el iniciador de nuestra etnografía, entre otras la referente a la migración de pueblos del litoral al altiplano;

i) Confirmó, asimismo, algunas conclusiones de Jijón y Caamaño, en especial las referentes a las culturas de la sierra antes de la invasión incaica, si bien las rectificó también en algunos puntos.

En fin, merece destacarse que en los estudios de Estrada sobre nuestras culturas, queda bien precisado el enorme valor cultural de los habitantes ecuatorianos del período formativo, dentro del panorama general de la prehistoria sudamericana. "El país se constituyó como unidad étnica miles de años atrás —dice Estrada en su última publicación—. No es un país artificialmente tallado de un bloque mayor. Es y siempre ha sido una unidad étnica, tal como hoy, pudiendo además decirse terminantemente que fue foco de grandes invenciones tecnológicas, que irradian tanto al sur como al norte. Fue el foco cultural más antiguo de América (del Sur), o sea un hecho por el cual nosotros los ecuatorianos deberíamos sentirnos justamente orgullosos y particularmente satisfechos".

Al contestarme una carta decía Estrada poco antes de morir, exaltando este valor cultural de nuestras culturas: "Hasta ahora francamente creía que he arado en el mar, pero veo que hombres progresistas y de visión están listos ya a llevar adelante las nuevas ideas con el fin de darle al país un mejor sentido de nacionalidad, y una mayor base para sentir el orgullo de ser Ecuatoriano. A este país, como uno de los más antiguamente poblados de América, como fuente civilizadora de muchos países vecinos, le toca por derecho el calificativo de alma mater de Perú, Colombia y otras naciones cercanas". Esta aseveración parece ser ratificada por las conclusiones últimas de Gordon Willey.

LAS FIGULINAS DE LA CULTURA DE VALDIVIA

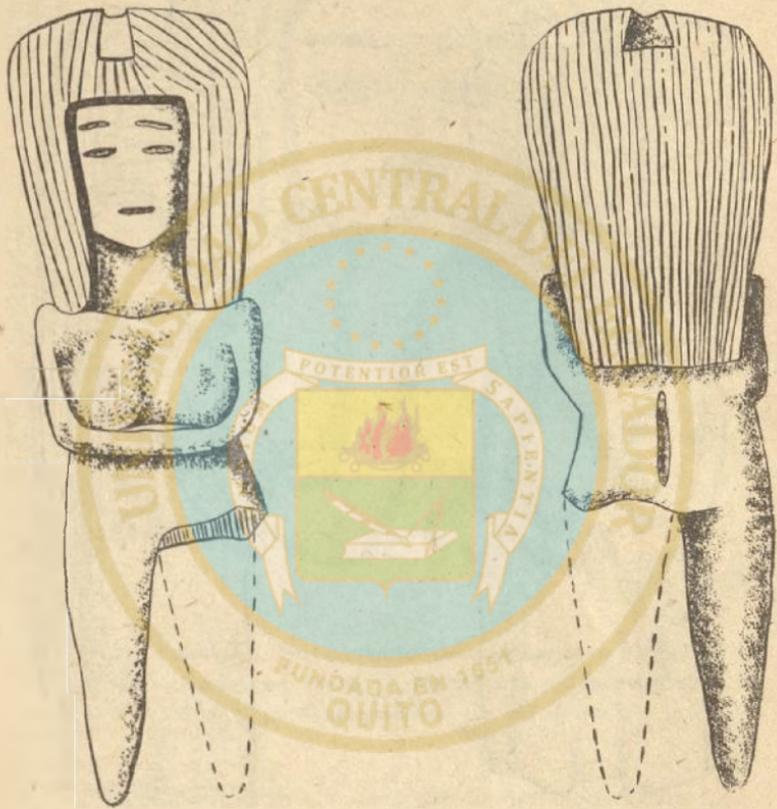
De todas las investigaciones realizadas por Estrada, es la cultura de Valdivia la que aparece mejor estudiada. Valdivia es el paradero de la primera cultura cerámica en el Ecuador y quizás en América del Sur. Y entre los diversos datos sobre esta cultura, el que se refiere a las figulinas es el más interesante y de mayor valor para nuestra

historia del Arte, pues desde entonces —2500 años a. de C.— el poblador ecuatoriano aparece dotado de fina sensibilidad. A ellas me referiré para terminar este ensayo.

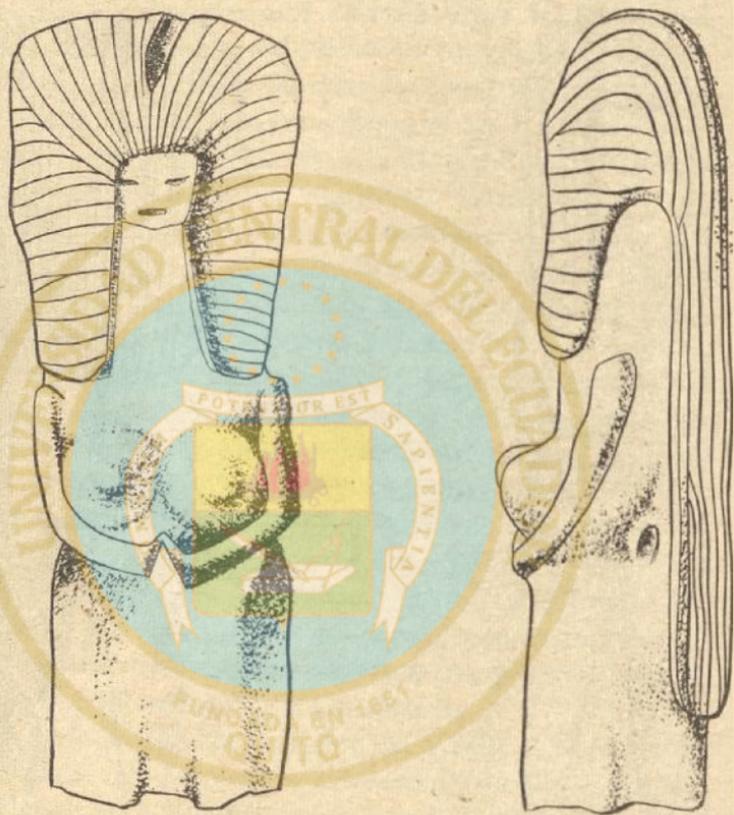
Estas estatuillas de barro cocido, "bellísimas" al decir de Estrada, "altamente estilizadas", que denotan "el refinamiento de ejecución" al decir de Evans y Meggers, son de un tamaño que fluctúa entre los 4 y los 8 cm., aproximadamente. En Valdivia no aparecen desde el comienzo, sea porque surgieron como desarrollo propio de la cerámica del lugar, o porque se recibió el aporte de nuevos migrantes. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que luego estas preciosas figurillas femeninas aparecen con relativa frecuencia entre los vestigios dejados por esta cultura. Las hay toscas, pero también de media calidad y algunas muy finas, "con una superficie pareja, un modelado bien ejecutado y buena simetría".

Son representaciones de mujeres desnudas, quizás tatuadas de rojo, "con los senos redondos, prominentes y grandes en relación al tamaño del cuerpo", pero sin llegar a la esteatopigia de los idolillos femeninos del mesolítico europeo. Casi todas están de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Hay una figurilla que levanta el brazo derecho, en gracioso mohín, y lo apoya sobre el mentón. Pero es en los peinados donde se descubre al eterno femenino: todas las figulinas se destacan por "la gran variedad de estilos" de las mismas.

Peinábanse las mujeres de Valdivia, hace 4.500 años, dejándose generalmente un cerquillo sobre la frente y permitiendo que la abundante cabellera lisa cayera en forma sencilla sobre la espalda y hombros, con una raya en el medio, que iba hasta atrás y que pintaban de rojo. Gustaban por lo general del pelo largo. Pero les placía arreglárselos también de otros modos: ya haciéndose grandes moños anulares sobre las orejas; ya dejándoselo más largo de un lado que de otro; usando una larga trenza sea a la derecha, sea a la izquierda, o tejiéndola hacia atrás por so-



1.—Formativo. Estatuilla de Valdivia. Vistas frontal y posterior.



2.—Formativo. Estatui'la de Valdivia. Vistas frontal y lateral.



3.—Formativo. Parte superior de una estatuilla de Valdivia. Obsérvese, como en las anteriores, la estilización y convencionalismo de las formas.

(Clisés, fina atención de la Sra. Costanza Di Capua).

bre el resto de la cabellera; ya barnizándolo de rojo hasta formar una masa compacta solo a un lado, o con un alto tocado en forma de figuras geométricas, o con una especie de anillo alto que semeja una corona, o inclusive rapándose la mitad izquierda, la derecha, o una franja ondulada en forma de cinto, o como una coronilla sacerdotal.

Es precisamente en estos peinados donde cada estatuilla descubre su personalidad, ya que el rostro aparece típico en todas, sin orejas, joyas ni adornos faciales: los ojos y la boca apenas se insinúan por incisiones, las cejas por líneas arqueadas, la nariz jamás se traza. Estos tocados característicos, según Estrada, demuestran "un cierto desarrollo cultural" y serían "propios de un pueblo que ha sobrepasado la recolección, la caza y la pesca".

Indudablemente el artista del Formativo Temprano en el Ecuador representó en sus estatuillas los tipos de mujer que veía en torno suyo. Es, pues, éste un testimonio vivido de la realidad de aquella época. Queda por ponderar la finura de estas iniciales representaciones artísticas del Ecuador en las que se revela el talento de aquel antiguo poblador.

Los enigmáticos rostros de algunas de estas figurillas femeninas no dejan de tener gracia y coquetería, y recuerdan a la famosa "Venus de la Capucha", la preciosa cabecita tallada en marfil, obra maestra del mesolítico europeo.

Dolorosa pérdida, y pérdida insubsanable, fue la desaparición de investigador tan eminente como don Emilio Estrada Ycaza, que prometía obra aún más amplia y todavía más trascendental si cabe. En sus cortos diez años de arqueólogo puso al servicio del conocimiento del pasado del Ecuador todas sus capacidades, su ilusión, su entusiasmo e, inclusive, su fortuna. Su nombre irá unido a los de Velasco, González Suárez y Jijón y Caamaño, sabios de impercedero recuerdo, cifras capitales en la Prehistoria del Ecuador.